

integridad de sus blasones, y á menudo contra los seres más queridos, á los cuales inmola por necesidad imperiosa. En la mayor parte de las obras del antiguo teatro español, brota el interés de la lucha entre el honor y la pasión, interés profundo, simpático, sentido con igual viveza por el espectador, que en la misma situación no habría obrado de tal modo.

Pero no por eso hay que imaginar que las antiguas obras españolas fueron exclusivamente sublimes. Lo grotesco, elemento indispensable del arte en la Edad Media, aparece bajo la forma del gracioso, que hace junto al héroe el papel de aquellos enanos deformes con jubón de colorines y que juegan con enormes lebreles acerca de reyes y príncipes en cuadros viejos.

Ahora suelen representarse en España traducciones de obras francesas: en Jaén *El campanero de San Pablo*; en Cádiz *El pilluelo de París*. Y sin embargo, además de Martínez de la Rosa y de Gil y Zárate, que pertenecen á época no muy reciente, cuenta España con muchos jóvenes de talento y esperanzas. Hartzenbusch, Castro y Orozco, Zorrilla, Bretón de los Herreros, el duque de Rivas, Larra, que se suicidó por amor, Espronceda, que ha muerto también, son (de los dos últimos hay que decir eran) literatos de gran mérito y poetas ingeniosos.

XIII

Écija.—Córdoba.—El arcángel Rafael.—La Mezquita

Nos faltaba conocer la galera de cuatro ruedas. Uno de estos vehículos salía justamente para Córdoba, y en él nos metimos, en compañía de una familia española. La tal galera es un carromato bajo, cuya parte inferior es una red de esparto en que se amontonan baúles y paquetes. Encima se echan dos ó tres colchones, ó mejor dicho, dos sacos de lienzo que llevan dentro unos cuantos copos de lana mal cardada, sobre los cuales se tienden transversalmente los viajeros. Todo lo cubre una lona tendida en aros.

La familia que iba con nosotros era la de un ingeniero que hablaba bien el francés, y la acompañaba un tiazó de pésima catadura, salteador que fué en la cuadrilla de José María y á la sazón vigilante de minas. El tal individuo seguía la galera á caballo, con el puñal en el cinto y la carabina en el arzón de la silla. El ingeniero lo estimaba mucho y encomiaba su probidad, sin que le inspirara ningún recelo el anterior oficio; verdad es que hablando de José María me dijo varias veces que era honrado á carta cabal.

El atajo que seguíamos subía y bajaba por un terreno lleno de colinas y surcado por estrechas cañadas (cuyo fondo ocupaban lechos de torrentes

secos) y estaba erizado de enormes piedras que nos causaban atroces sobresaltos y hacían chillar á las mujeres y niños. A pesar de los espantosos vaivenes, de los tropezones con los chicos del ingeniero y de los choques con los costados del carricoche, nos dormimos hacia la una de la noche.

Cuando el sol nos hacía cosquillas en las narices con un rayo semejante á espiga de oro, estábamos junto á Carratraca, pueblo insignificante cuya única particularidad son las aguas sulfurosas para enfermedades de la piel. Allí se juega en grande, y aunque era muy temprano, corrían los naipes y las onzas que era un gusto. Daba asco ver á aquellos enfermos, de fisonomías verduzcas, afeadas más por la rapacidad, alargar los dedos convulsos para agarrar la presa. Llamáronme la atención en el patio de la posada unos frescos toscamente pintados que representaban corridas de toros con primitiva ingenuidad. En derredor de las pinturas había coplas encomiando á Montes y á su cuadrilla. Es tan popular el nombre de Montes en España como el de Napoleón en Francia; su retrato está en paredes, abanicos y tabaqueras. Compramos al mesonero algunas provisiones, entre ellas un jamón, que nos hizo pagar carísimo. Mucho se habla de los salteadores de caminos, pero en la posada es donde le desuellan á uno y le desvalijan á mansalva, sin que el viajero pueda recurrir á las armas defensivas ni soltarle un tiro al mozo que trae la cuenta. Compadezco á los bandoleros con toda el alma: semejantes venteros poco les dejan que hacer y les entregan los viajeros como limones exprimidos.

Después de echar la siesta fueron enganchadas las mulas otra vez, nos tumbamos en los colchones del carro, cabalgó el escopetero en el caballejo

montañés y emprendimos otra vez el viaje. A fuerza de salvar baches y barrancos y de buscar atajos para abreviar, nos extraviámos. El mayoral, con la esperanza de encontrar el camino, siguió como si supiera muy bien por dónde iba, porque ni corsarios ni guías son capaces de confesar que se han extraviado hasta el último extremo y cuando han andado cinco ó seis leguas fuera de camino. La verdad es que lo más fácil era perderse en aquel camino fabuloso, apenas abierto, y cuyo trazado interrumpían á cada paso zanjas hondas. Llegó la noche, y para mayor dolor, no había luna, de modo que sólo nos guiaba la trémula claridad de las estrellas. A cada momento bajaba el mayoral, tentaba el suelo para ver si encontraba rodales que le pusieran en buen camino, pero eran inútiles sus pesquisas, y muy contra su gusto se vió constreñido á decirnos que se había perdido, que no sabía dónde estábamos y que no lo entendía, porque había recorrido aquel trayecto veinte veces y era capaz de ir á Córdoba con los ojos cerrados. Todo aquello nos pareció sospechoso, y empezamos á creer que éramos quizá víctimas de una asechanza. La situación no era nada agradable; nos veíamos sorprendidos por la noche en un país desconocido, lejos de todo auxilio humano, en medio de una comarca que, según fama, encierra más ladrones que todo el resto de España. Tales reflexiones debieron de ocurrirseles asimismo al ingeniero y á su amigo el exsocio de José María (de seguro inteligente en la materia), porque cargaron con bala sus carabinas, hicieron lo mismo con otras dos que había en la galera y nos las dieron sin decir palabra, lo cual era muy elocuente. De aquel modo el mayoral quedaba desarmado, y aunque estuviera en connivencia con los bandoleros, nada podía hacer por

si. De todos modos, después de vagar al acaso durante dos ó tres horas, distinguimos en lontananza una luz que brillaba entre las ramas como una luciérnaga; fué tal claridad para nosotros como estrella polar, y hacia ella nos dirigimos lo más derechamente posible, con exposición de volcar á cada paso. Al fin y al cabo llegamos lo bastante cerca del cortijo para ver por la ventana donde brillaba el velón de cobre. Ladraban furiosamente los perros, que nos habían oído y olfateado, de modo que pronto se puso en movimiento toda la gente de aquella casa, de la cual salieron algunos hombres escopeta en mano, hasta que, convencidos de que éramos viajeros extraviados, nos invitaron cortésmente á entrar en el cortijo.

Era la hora de cenar. Una vieja arrugada, curtida, momificada casi, preparaba en una cazuela de barro un gazpacho gigantesco; cinco ó seis galgos dignos de la trailla de un rey seguían con atención los movimientos de la vieja, manifestando la más melancólica admiración que pueda imaginarse, pero el manjar aquel no era para ellos. Unos gatos que parecían quimeras japonesas, por la costumbre española de cortarles rabo y orejas, miraban desde más lejos los apetitosos preparativos. Un plato de gazpacho, dos tajadas de jamón y unas cuantas uvas rubias como el ámbar formaron la cena, que hubimos de disputar á las invasoras familiaridades de los galgos, los cuales, so pretexto de hacernos fiestas, nos quitaban materialmente la comida de la boca.

Nos dieron por guía á un muchacho que conocía perfectamente los caminos, y nos llevó á Ecija, adonde llegamos sobre las diez de la mañana.

La entrada de Ecija es bastante pintoresca: se penetra en ella por un puente en cuyo extremo se

alza una puerta semejante á un arco de triunfo. El puente atraviesa el Genil, obstruido por ruinas antiguas y por presas para los molinos. En la plaza hay dos monumentos: uno es la estatua de la Virgen, dorada y colocada sobre una columna, cuyo zócalo cóncavo forma una como capilla, adornada con flores artificiales, exvotos y mil baratijas de las usadas por la devoción meridional. El otro representa á un gigantesco San Cristóbal, también de metal dorado, con la mano apoyada en una palmera, cosa muy apropiada á su estatura; lleva al hombro con prodigiosas contracciones de músculos y esfuerzo capaz de levantar una casa á un niño Jesús, lo más delicado y lindo del mundo.

Ecija, poco conocida generalmente, es población muy interesante, de fisonomía originalísima. Sus campanarios no son bizantinos, ni góticos, ni del Renacimiento: son chinos, ó más bien japoneses. Parecen las torrecillas de algún *miao* dedicado á Kon-Fu-Tzee, Buda ó Fo, porque están revestidos de azulejos de vivos colores y cubiertos de tejas verdes y blancas, barnizadas y colocadas como un tablero.

Nuestro parador era bastante cómodo, y nos sirvieron una comida casi humana, que saboreamos con una sensualidad muy natural después de tantas privaciones. Larga siesta en una ancha alcoba, bien cerrada, bien oscura y bien regada, acabó de darnos descanso, y cuando subimos en la galera, sobre las tres, ya llevábamos cara serena y resignada.

Pasamos la noche en La Carlota, aldea sin importancia, y la posada donde nos albergamos había sido sucesivamente convento y cuartel. En medio de un patio se abría la boca de un pozo muy profundo, que nos prometía el regalo de agua fría y

crystalina. Asomándome al brocal vi que las paredes estaban tapizadas con un verde hermosísimo. El calor era tal, que nos parecía estar cerca de un incendio. Quemaba el aire y las ráfagas de viento parecía que arrastraban moléculas igneas. Componíase la cena de pollo con arroz y azafrán y una ensalada con mucho vinagre y poco aceite. Terminado el festín, nos llevaron á nuestras alcobas, tan habitadas ya, que preferimos acabar la noche en el patio, tendidos en las capas, con una silla tirada por cabecera.

Los mesoneros tenían catadura algo patibularia, pero ya estábamos acostumbrados á las malas fachas y no hacíamos caso. Un fragmento que de su conversación sorprendí, me convenció de que la parte moral y la física corrían parejas. Creyendo que no entendíamos el español, le preguntaron al excompañero de José María si no podrían armar nos una emboscada, yendo á esperarnos á algunas leguas más adelante. El otro contestó noble y majestuosamente:

—De ningún modo he de consentirlo, yendo estos caballeros conmigo: además, por si acaso topan con ladrones, no llevan más que lo necesario para el viaje, y por último, ambos son robustos. En cuanto al ingeniero, es mi amigo, y llevamos cuatro carabinas en la galera.

Tan persuasivo razonamiento convenció al posadero y á sus acólitos, que se contentaron por aquella vez con los medios de despojo usados por los venteros de todos los países.

Salimos de allí á las tres de la tarde, y por la noche paramos en una miserable choza de gitanos. Después de beber unos cuantos vasos de agua, me tendí tranquilamente delante de la puerta y mirando el azul abismo celeste, donde brillaban,

como enjambres de abejas de oro, hermosas estrellas, no tardé en caer en profundo sueño, como si hubiese estado echado en el lecho más blando del mundo. A media noche subimos otra vez en la galera, y al amanecer estábamos á media legua de Córdoba.

No se crea, al leer que hicimos tantas paradas, que Córdoba está muy lejos de Málaga y que habíamos andado mucho camino en aquel viaje de cuatro días y medio. No recorrimos más distancia que unas veinte leguas, pero el carricoche iba muy cargado, el camino era malísimo y no había mulas para cambiar de tiros.

Un puente sobre el Guadalquivir, muy ancho en aquel sitio, sirve de entrada. Cerca están los arcos de un acueducto árabe. A la entrada del puente hay una enorme torre cuadrada, almenada. Aun no estaban abiertas las puertas de la ciudad; numerosas carretas de bueyes, majestuosamente coronadas con una especie de mitras de esparto coloradas y amarillas, muchedumbre de machos y borricos blancos cargados de paja y de aldeanos, aguardaban la hora con la paciencia y flemma de los españoles, los cuales se conoce que nunca tienen prisa. Semejante gentío á las puertas de París habría armado un alboroto horrible y se hubiera desahogado con insultos; allí no se oía más que el resonar de los cascabeles.

Aprovechamos la pausa para examinar á gusto el aspecto exterior de Córdoba. Hermosa puerta á manera de arco triunfal, de orden jónico y de tan buen gusto que parecía romana, daba á la ciudad de los califas entrada muy majestuosa, á la cual, sin embargo, habría yo preferido uno de los arcos de herradura que hay en Granada. La mezquita-catedral se yergue por encima de los tejados más

bien como ciudadela que como templo, con altas murallas de almenas árabes y el pesado cimborio católico. Aunque no soy de los que gustan de los edificios mohosos, leprosos y negros, me inspira horror el color amarillo que tanto encanta á curas y cabildos de todos los países, y ese color tienen aquellas murallas.

Abriéronse las puertas por fin y tuvimos el gusto de que nos registraran minuciosamente en la aduana, dejándonos luego en libertad de irnos con nuestros equipajes á la posada más próxima.

Más africana parece Córdoba que las demás ciudades andaluzas. Sus callejuelas, cuyo pedregoso empedrado se asemeja al lecho seco de un torrente, no tienen nada que recuerde las costumbres europeas. Se anda entre interminables paredones de color de yeso, con escasas ventanas llenas de celosías, y no se encuentra más que algún pordiosero de sospechosa catadura, alguna devota enlutada ó algún majo que pasa á escape en su caballo, de blancos jaeces, arrancando millares de chispas á los guijarros de la calle. El uso universal del blanqueo da un tono uniforme á todos los monumentos, llena las grietas de la arquitectura, borra los adornos y no permite adivinar su antigüedad. Gracias al blanqueo, imposible es distinguir la pared hecha de cien años con la acabada ayer. Córdoba, centro en otros tiempos de la civilización árabe, no es hoy más que un montón de casitas blancas, divididas en islotes por estrechos pasillos, por los cuales no pueden pasar dos machos de frente. Parece que ya no hay vida en aquel cuerpo enorme, animado en otro tiempo por la activa circulación de la sangre mora. Pero Córdoba conserva la mezquita, monumento único en el mundo y nuevo hasta para los viajeros que pudieron admirar en

Granada ó en Sevilla los portentos de la arquitectura árabe.

A pesar de su aspecto moruno, Córdoba es buena cristiana y está colocada bajo la especial protección del arcángel San Rafael. Desde el balcón de nuestra posada veíamos un monumento muy raro, que fuimos á examinar de cerca. El arcángel Rafael, desde la cúspide de una columna, espada en mano, desplegadas las alas, deslumbrante de dorados, parece un centinela que vela eternamente por la ciudad que le está confiada. La columna es de granito ceniciento, con capitel corintio de bronce dorado, y descansa sobre una torrecilla de granito de color de rosa, en cuya base están agrupados un caballo, una palmera, un león y un fantástico monstruo marino. Completan la decoración cuatro estatuas alegóricas. En el zócalo está el féretro del obispo Pascual, personaje célebre por su piedad y su devoción al arcángel.

En el monumento se lee esta inscripción:

*Yo te juro por Jesucristo crucificado
que soy Rafael ángel, á quien Dios tiene puesto
por guarda de esta ciudad*

Se me preguntará que cómo se supo que el arcángel San Rafael, y no otro, era el patrón de la ciudad de Abderramán; contestaré por medio de un romance impreso con licencia en Córdoba, en casa de don Rafael García Rodríguez, calle de la Librería. Cuéntase en él cómo el bienaventurado arcángel se apareció á don Andrés Roelas, sacerdote cordobés, y le dirigió un discurso cuya primera frase es precisamente la copiada en la columna. Aquel discurso, conservado por la leyenda, duró

más de hora y media, estando el cura y el arcángel sentados en sendas sillas, uno frente á otro. La aparición se verificó el 7 de Mayo de 1578, y el monumento se erigió para perpetuar su memoria.

La parte exterior de la catedral nos sedujo poco, pero la interior nos recompensó ampliamente.

El califa Abderramán I mandó poner los cimientos de la mezquita de Córdoba hacia el final del siglo VIII, y los trabajos se hicieron con tal actividad, que terminó la construcción á principios del IX. ¡En veintiún años se hizo el gigantesco edificio! Siempre he sentido que los moros no hubieran seguido siendo dueños de España, que perdió mucho con su expulsión. En su tiempo Córdoba contaba 200.000 casas, 80.000 palacios y 900 baños; 12.000 aldeas le servían de arrabales; ahora no tiene ni 40.000 almas y está casi desierta.

Abderramán quiso hacer de la mezquita de Córdoba una especie de Meca occidental, el primer templo del islamismo, después de aquel en que yace el cuerpo del profeta. No he visto la *casbah* de la Meca, pero dudo de que iguale en magnificencia y en extensión á la mezquina española. Allí se conservaba uno de los originales del Alcorán, y como más preciosa reliquia un hueso del brazo de Mahoma.

La mezquita de Córdoba tiene siete puertas, nada monumentales por cierto, porque su construcción se opone á ello y no consiente la majestuosa portada imperiosamente dispuesta para las catedrales católicas. Pasemos, si gustáis, por el *Patio de los Naranjos*, inmenso y magnífico, plantado de enormes árboles contemporáneos de los reyes moros rodeado por largas galerías, enlosado mármol, y sobre uno de cuyos lados se eleva un

campanario de mediano gusto, torpe imitación de la Giralda.

La idea más clara que se puede dar de este inmenso edificio consiste en decir que se parece á una inmensa explanada plantada de columnas. Aquella tiene 420 pies de ancho y 440 de largo. Las columnas son 860 y se dice que la mezquita primitiva tenía el duplo. La impresión sentida al entrar en ese antiguo santuario del islamismo no se parece en nada á las emociones que suele causar la arquitectura. Parece que se anda por un bosque con techo; adonde quiera que se mire, piérdese la vista entre filas de columnas que se cruzan y se prolongan, como vegetación de mármol espontáneamente brotado del suelo. Hay diez y nueve naves á lo ancho y treinta y seis á lo largo. Cada nave está formada por dos filas de arcos superpuestos, algunos de los cuales se cruzan y entrelazan. Cada columna es de una sola pieza y tiene diez ó doce pies hasta el capitel, corintio-árabe, fuerte y elegante, más parecido á la palmera africana que al acanto griego. Son de mármoles raros, de pórfido, de jaspe y de otras materias preciosas. Se supone que algunas proceden de un antiguo templo de Jano; de modo que han servido para tres religiones. La primera se hundió para siempre en el abismo de lo pasado; la segunda fué arrojada fuera de Europa hasta el fondo de la barbarie oriental; la tercera, después de haber llegado al apogeo, minada por el libre examen, se debilita de día en día, hasta en las comarcas donde reinó como absoluta soberana; tal vez dure lo bastante la mezquita para que la cuarta fe se instale allí á la sombra de los arcos.

En tiempo de los califas, 800 lámparas de plata llenas de aceites aromáticos alumbraban las largas

naves, hacían resplandecer el pórvido y el jaspe de las columnas y arrancaban destellos luminosos á las estrellas de oro de la techumbre. Entre aquellas lámparas estaban las campanas de Santiago de Compostela, conquistadas por los moros; vueltas del revés y colgadas de la bóveda con cadenas de plata, iluminaban el templo de Alá y de su profeta, asombradas de verse trocadas de campanas católicas en lámparas musulmanas. Hoy, la parásita iglesia cristiana, masa enorme con capillas, retablos y sacristías, es como monstruoso hongo de piedra, verruga arquitectónica nacida en la espalda del edificio árabe. Fué construída según diseño de Hernán Ruiz, y no deja de tener mérito. Fué erigida por el cabildo, contra el parecer del ayuntamiento, por orden sorprendida al emperador Carlos V, que no conocía la mezquita. Cuando algunos años después la vió, dijo: «De haberlo sabido, no consintiera yo que se tocara á la obra antigua; habéis quitado lo que no podrá verse en ninguna parte para poner lo que se ve en todas.» En el coro se admiran escenas del Antiguo Testamento, esculpidas en madera maciza, obra de Pedro Duque Cornejo, que consagró á tan prodigioso trabajo diez años de su vida, según se puede ver en el sepulcro del pobre artista, que está á pocos pasos de su obra. Otra tumba hay allí bien rara, empotrada en el muro: tiene la forma de un cofre y está cerrada con tres candados. ¿Cómo se las arreglará el cadáver, el día del juicio final, para abrir las cerraduras, y cómo encontrará las llaves en tales momentos de desorden?

Desaparecieron el magnífico artesonado de cedro y el enlosado primitivos, sustituidos respectivamente por bóvedas de dudoso gusto y ladrillos que han levantado el suelo, haciendo más notable

el defecto general del edificio, demasiado bajo para su gran extensión.

A pesar de esas profanaciones, la mezquita de Córdoba es todavía uno de los monumentos más maravillosos del mundo. La parte llamada el *Mirah* se conserva íntegra.

El artesonado esculpido y dorado, con su media naranja cubierta de estrellas, las ventanas caladas con celosías que ciernen la luz, la galería de columnitas, los mosaicos de cristales de colores, los versículos del Alcorán, en letras de cristal dorado, que serpentean á través de adornos y arabescos complicados, forman conjunto de riqueza, hermosura y elegancia mágicas, cuyo equivalente sólo podría hallarse en *Las mil y una noches*. De allí se pasa á un santuario adornadísimo, cuyo techo es de un solo pedazo de mármol, cuya concavidad tiene la forma de una concha, cincelada con infinita delicadeza. Aquello debía de ser el *sancta sanctorum*, lugar formidable y sagrado, donde se sintetiza, más que en otro alguno, la presencia de Dios.

Cuando íbamos á subir, el pertiguero que nos guiaba nos llevó misteriosamente á un rincón oscuro y nos enseñó, como suprema curiosidad, un crucifijo que, según dice, fué grabado con las uñas por un cautivo cristiano en una columnita de pórvido á la cual estaba encadenado. Muy duras eran las uñas en aquel tiempo ó muy blando el pórvido. También nos enseñó un enorme colmillo de marfil colgado de la cúpula con cadenas de hierro: dicen que pertenece á uno de los elefantes destinados á transportar los materiales para la construcción de la mezquita. Al dar algunas pesetas al *cicerone* pareció disgustarse el compañero de José María, que nos había acompañado, y pronunció la siguien-

te herética frase: «¿No habría sido mejor dar esos cuartos á un honrado bandolero, que á ese mal sacristán?»

Vista la catedral, nada nos detenía en Córdoba, que es ciudad poco divertida. La galera misma que nos había traído nos llevó hasta Ecija, donde pedimos un calesín para volver á Sevilla. El calesero nos consideró demasiado altos, fuertes y pesados á mi compañero y á mí para su coche y puso todo género de dificultades. Decía que nuestros baúles pesaban tanto, que se necesitaban cuatro hombres para levantarlos y romperían el carruaje. La última objeción la destruimos colocando nosotros mismos con la mayor facilidad los baúles calumniados en el calesín, lo cual determinó al calesero á que emprendiéramos la marcha.

En la Luisiana, toda la población estaba tendida delante de las puertas, roncando al fresco. Nuestro coche hacía levantar á hileras de durmientes, que se apoyaban en la pared, refunfuñando y prodigándonos todas las lindezas del vocabulario andaluz. Cenamos en una posada de malas trazas, más provista de trabucos y escopetas que de batería de cocina. Enormes perros seguían todos nuestros movimientos y parecían dispuestos á esperar una señal para despedazarnos á dentelladas. A pesar de la apariencia siniestra de aquel lugar, no nos degollaron y pudimos seguir nuestro camino.

El suelo era más arenoso cada vez, y las ruedas del calesín se hundían hasta el cubo en terrenos movedizos. Para que descansara el caballo, fuimos á pie, y hacia media noche llegamos á Carmona, donde teníamos que dormir. El cuarto que nos dieron estaba adornado con litografías malísimas que representaban episodios de la revolución de Julio en Francia, lo cual nos agradó, y casi nos enter-

neció, porque nos parecía aquello un pedazo de nuestra patria colgada de la pared.

Apenas tuvimos tiempo, al subir al coche nuevamente, de echar una mirada á Carmona, población blanca como la nata, á la cual dan aspecto pintoresco los campanarios y torres de un exconvento de monjas.

Desde que salimos de Carmona, el paisaje era menos árido, más fragoso y el calor menos intenso. Pronto llegamos á Alcalá de los Panaderos, célebre por su buen pan, como el nombre indica, y sus corridas de novillos, á las cuales acuden los aficionados sevillanos. Pronto apareció la Giralda en el horizonte, y algunas horas después pasábamos por debajo de la puerta de Carmona, cuyo arco servía de marco á un fondo luminoso cruzado, entre ondas de vapores dorados, por galeras, borricos, machos y carretas. Soberbio acueducto romano erguía á la izquierda del camino sus arcos de piedra. Al otro lado se alineaban casas cada vez más próximas. Estábamos en Sevilla.